

# ECONOMÍA, DEMOCRACIA Y PARTICIPACIÓN POLÍTICA

*Agustín Morán*

## 1. POLÍTICA Y NATURALEZA

La política es la acción consciente de tejer el tejido social. Por lo tanto, dicha acción debe ser - y no puede no ser - un proceso en el que las personas, convertidas en actoras, se autodeterminan colectivamente y construyen las condiciones de su propia existencia material y social. La política es el resultado de la deliberación y no su condición. En rigor, no puede hablarse de política como algo que precede al diálogo sino como el resultado de dicho diálogo.

La política supone una búsqueda permanente de las formas adecuadas para una sociabilidad ordenada y segura para tod@s. Las virtudes para lograr dicha convivencia han sido, históricamente, objeto de controversias entre los filósofos morales<sup>1</sup>. Dichas virtudes (la prudencia, la justicia, la amistad, la deliberación, los límites compartidos, el bien común), resultan del punto medio entre aspectos contradictorios: libertad y necesidad, lo individual y lo social, el pasado, el presente y el futuro, lo material y lo inmaterial.

La modernización tecnológica disuelve las virtudes comunitarias en la objetividad despiadada del dinero. Crece la riqueza y con ella la desigualdad. Las cien empresas más grandes controlan recursos equivalentes a 1/3 del producto interior anual de todos los países del mundo. En EEUU, el 1% más rico de la población ha pasado de poseer el 5% de toda la riqueza en 1975 a poseer el 20% en 2005. En nombre de la razón instrumental y el individua-

lismo, dicha modernización, que se presenta como el mejor de los mundos, construye el peor de los infiernos para la mayoría de la humanidad.

Este desorden económico y moral está sostenido por la fuerza del Estado y se legitima, como el único posible, por los intelectuales apologistas del mercado. Las virtudes que proclama son el enriquecimiento sin límites, el hedonismo individualista y el relativismo moral. La compasión globalizada nos llama a movilizarnos contra la pobreza sin poner sobre la mesa las causas de la misma y nos convoca a manifestaciones encabezadas por los causantes de dicha pobreza.

La permanencia y el aumento de los horrores del capitalismo es una derivada de su naturalización. La civilización capitalista banaliza la desigualdad, la explotación y el desamparo y, al hacerlo, esparce la semilla del odio y la venganza. Lo que es producto de nuestras acciones y omisiones, parece no ser culpa de nadie. Se presenta como algo "natural" y por lo tanto inevitable. Tal como hace el criminal con el rastro de su crimen, esta naturalización exige borrar las huellas de su propia constitución. La explotación, la injusticia y la violencia son el fundamento de nuestros regímenes parlamentarios de mercado. La globalización acentúa el poder totalitario y la impunidad del capital. Sin embargo, perteneciendo estos problemas a la esfera de lo político, parece que tuvieran su origen en el más allá.

La economía moderna se limita a constatar lo que hay. El ajuste entre "el orden" como concepto universal y el orden realmente existente, equipara el ser y el "deber ser". Solo es deseable lo posible y solo es posible lo que existe.

<sup>1</sup> "Individuo y Orden Social. La emergencia del individuo y la transición a la sociología". Andrés Bilbao. Ed. Sequitur y CAES 2007.

Con ello, la crítica social se transforma en apología y se produce un cierre sistémico entre la realidad y la teoría que teoriza dicha realidad.

La modernización económica y tecnológica promete la libertad respecto de la naturaleza, la arbitrariedad y la servidumbre. Pero impone como condición la inevitabilidad del sufrimiento humano y sujeta la vida de todos los individuos a un único y penoso camino trazado por las leyes de la economía.

La aparente superación del debate sobre la búsqueda de formas políticas para una sociabilidad ordenada, supone el fin de la política y el dominio de la economía como ciencia.

En las sociedades de mercado el bien común no depende de la voluntad de los individuos y de las formas de gobierno, sino del cumplimiento de las leyes de la economía. La política no funda lo social, solamente lo administra. La política no está al principio de las relaciones sociales sino después del intercambio rentable. No funda el orden social sino que gestiona un orden previamente determinado por la economía.

Para el liberalismo, el principio de realidad lo marca el mundo de la economía. Esta, a su vez, depende de mecanismos cuyo origen está en las leyes de la naturaleza y la sociedad. Para la modernización ilustrada, el afán de posesión de los individuos y la división social del trabajo, causas de la riqueza y el progreso de las naciones, son un hecho objetivo. Esta afirmación antropológica implica la desaparición de las personas como sujetos de la sociedad y simétricamente, la transferencia de la soberanía al crecimiento económico y por extensión, al objeto que representa la riqueza: el dinero.

## 2. MODERNIDAD, INDIVIDUO Y ECONOMIA

La separación formal de la política y la economía es un rasgo de la modernidad, expresado con fuerza teórica en 1776 por Adam Smith en la obra fundacional del liberalismo<sup>2</sup>. La emergencia del mundo moderno se caracteriza por la disolución progresiva de las formas de legitimidad religiosa imperantes en la Edad Media. Estas consideraban que el fundamento del orden social estaba en la voluntad de Dios. A partir del siglo XVI la explicación de las relaciones sociales, que antes estaba resuelta como un hecho natural, aparece como un problema.

2 "Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las Naciones". Adam Smith. Ed. Fondo de Cultura Económica. 1992.

En la Edad Media, el ser humano era un ser pasivo que debía acomodarse a un orden providencial y sagrado. En la modernidad, el individuo pasa al centro de la escena como el sujeto desde el que se constituyen las relaciones sociales. El orden social, que venía dado por la voluntad de Dios, aparece ahora como el resultado de las relaciones entre los individuos.

Antes del siglo XVII no existía la noción de individualidad, ya que esta se hallaba disuelta en la naturaleza espiritual del ser humano. Con la modernidad, emerge el individuo como célula fundacional del orden social. La tradición cristiana incorporó la noción de una naturaleza humana como un compuesto de cuerpo y alma. A partir de aquí, diversas teorías explicaron la relación entre uno y otra.

La visión teológica del mundo, escindido en el mundo finito de las personas y el mundo infinito de Dios, se traslada a la visión del individuo compuesto por dos naturalezas. Una finita y cognoscible - el cuerpo - de la que podemos hablar y otra - el alma - que, por pertenecer al mundo de Dios, no es comprensible por nuestra razón.

Cuando la naturaleza humana era únicamente espiritual, los problemas del orden social consistían en seguir las reglas del bien y rechazar el mal, fijados por la voluntad de Dios. Con la modernidad el mundo se abre en dos ordenes comunicados. Sobre el mundo infinito de Dios, de donde procede la noción del bien y del mal, no podemos decir nada. Por lo tanto, las normas sobre las que construir el orden social (el bien y el mal) sólo se pueden plantear desde el propio individuo, finito y corpóreo. A partir de estas nociones se desarrolla, desde el siglo XVII, el individualismo metodológico. La realidad social parte del individuo y desde él se explica la constitución de la sociedad.

La concepción de un individuo previo a la realidad social profundiza la ruptura con el pensamiento aristotélico. Para Aristóteles, individuo e individuo como ser social eran lo mismo porque no es pensable un ser humano preexistente o fuera del hecho social<sup>3</sup>. Desde este presupuesto, las nociones de bien y de mal estaban integradas en la determinación social de la persona. Bien, es el conjunto de acciones que construyen una sociabilidad ordenada cuyo fundamento es la integración material de todas las personas. Mal, es el comportamiento

3 "La política" Cap I. Origen del Estado y de la Sociedad. Aristóteles. Espasa Calpe 1982.



que hay que evitar porque crea desigualdad, dominio y exclusión y por lo tanto, perjudica la convivencia.

### 3. ECONOMIA Y DEMOCRACIA

Desde Adam Smith, el pensamiento económico se considera emancipado de la política y de la moral. Esto implica otorgar a la ganancia y al beneficio del capital el poder constituyente de las relaciones sociales. Sin embargo, la soberanía del capital no se debe al poder del pensamiento económico sino al poder de quienes lo emiten. La potencia con la que se despliega la economía de mercado no radica en su capacidad de integración social o en la veracidad de las teorías que la legitiman, sino en la violencia material y cultural que la constituye. Sin la violencia armada del estado y sin la violencia cultural, que logra el consentimiento o la adhesión de las víctimas del mercado, la lógica económica no podría sobreponerse a sus propias consecuencias.

La política, convertida en técnica para la administración de los individuos individualizados y egoístas, se basa en normas externas a dichos individuos. Estas normas, contenidas en el Derecho y el imaginario social instituido, pretenden reflejar la legalidad "natural" del mercado

y del individualismo. En todo caso, la sociabilidad tiene como condición la subordinación de los individuos a dichas normas. La libertad de los individuos, paradójicamente, solo es posible bajo las leyes del estado y desde dentro de las leyes del mercado. El individuo construye, desde su aparente libertad, un sistema que se emancipa de él y le arrebató la libertad.

La operatividad de estas normas exige el disciplinamiento de los individuos "libres" mediante la producción social de un individuo solitario y calculador. Este individuo individualizado, arrancado de sus vínculos comunitarios usa su razón para maximizar su utilidad al margen – y a menudo en contra – de los demás individuos. Al funcionar sobre comportamientos egoístas, predecibles y calculables, la economía aparece como el reino de la seguridad. Por el contrario, la política, al depender de las relaciones de poder y de la voluntad de las personas, aparece como el terreno de lo incierto y de lo peligroso. Este terreno, incierto y peligroso, debe tener como límite y como horizonte el funcionamiento de la economía. La economía "naturalizada" oculta las relaciones de explotación y dominación que la constituyen y aparece como el reino de la libertad y la seguridad.



Con esta operación se cierra la posibilidad de que las personas organicen la sociedad a partir de su voluntad y de su libertad. El individuo, supuesto protagonista del orden social, es protagonizado por la estructura fundacional de dicho orden, la economía. En dicha economía los individuos se disuelven, inertes, en las leyes de la oferta y la demanda. Las ciencias sociales se constituyen sobre la clausura de la autodeterminación de los individuos, de las clases sociales, de las mujeres y de los pueblos. Es decir, sobre la clausura de la política. La economía niega el fundamento político de la democracia y la reduce a un mero instrumento suyo.

#### **4. POLITICA Y MERCADO**

En las sociedades modernas, la política sirve para crear las condiciones sociales, culturales y coactivas que necesita la libertad de empresa. Pero además, ella misma se ha convertido en un negocio. A través de las decisiones políticas en el terreno fiscal y presupuestario, de sus aparatos de producción ideológica y de sus redes de información privilegiada, la política se ha convertido en un actor económico de primera magnitud.

Una frontera difusa separa las actividades económicas supuestamente legales de la economía criminal (contrabando, tráfico ilegal de armas, drogas, prostitución y esclavos). La legalidad de la economía "regular" está atravesada por actividades dudosamente legales: tráfico de influencias, doble contabilidad, explotación despiadada de l@s trabajador@s, con-

diciones laborales homicidas, racismo, invasiones, saqueo de materias primas estratégicas, relaciones comerciales decimales y coactivas, defraudación fiscal de los poderosos, grupos de presión, corrupción, prevaricación y cohecho, actividades criminales de ejecutivos que estafan a sus propios accionistas, especulación inmobiliaria en beneficio de bancos y constructoras que coloca la vivienda digna, la vida y el trabajo bajo la amenaza hipotecaria, etc.

El caos mercantil no podría sostenerse ni un día sin las muletas del estado. Sin embargo, los economistas del régimen se esfuerzan en convencernos de lo negativa que es la intervención política en el mercado. Este discurso, por ser una verdad a medias, representa la peor de las mentiras. Para el neoliberalismo, la intervención del estado solo es perniciosa para el ciclo económico cuando protege los derechos sociales, el medio ambiente y las libertades de la gente. Sin embargo, los empresarios reclaman a gritos la intervención del Estado cada vez que la violencia competitiva desestabiliza sus beneficios.

Los que vociferan contra las regulaciones laborales, medioambientales o sociales como si se acabara el mundo, claman por dichas regulaciones cuando necesitan liquidez en el sistema bancario, financiación pública para grandes proyectos empresariales y las infraestructuras que estos requieren o ayudas para las quiebras producidas por la especulación, la deslocalización o, simplemente, la competitividad. Las jubilaciones anticipadas, el seguro de desempleo en los despidos pactados, las exenciones fiscales

y de la cuota empresarial a la seguridad social, así como las enormes inversiones públicas en infraestructuras para nuevas urbanizaciones, cuando hay tres millones de viviendas vacías, constituyen mecanismos para transferir recursos sociales procedentes de los impuestos - que pagan los de abajo - a las cuentas de resultados empresariales. La política queda relegada a la gestión de las crisis económicas, sociales y militares, permanentemente renovadas.

La oposición pues, no es la que se produce entre el modelo liberal - keynesiano y el modelo neoliberal, sino la que no se produce entre los que consideran el mercado como un hecho natural (keynesianos y neoliberales) y la inexistente izquierda. Sin romper con la falsa naturalización del mal (el mercado, el individualismo y la competitividad como norma), no se podrán expresar los daños del capitalismo. Sin la expresión de dichos daños la izquierda es inviable.

Las contradicciones sociales son invisibles políticamente por la unificación del lenguaje de los empresarios, los políticos de izquierda y derecha, el sindicalismo mayoritario y los intelectuales del régimen. Entrar en este "coro único" es dejar fuera toda esperanza.

El consenso político sobre la racionalidad del mercado y la lógica económica se produce en las elites de todas las ideologías. Las opiniones favorables a la intervención del estado para obligar a la economía a resolver los problemas de empleo, exclusión, enfermedad, vivienda y aumento de la desigualdad, se ven aplastadas por el consenso de la clase política e intelectual en torno al actual modelo de capitalismo y a la invisibilidad del trabajo de cuidados que realizan las mujeres. Las políticas redistributivas, de igualdad de género y de cohesión social, son invocaciones de la izquierda capitalista para la galería frente a la potencia ideológica y práctica del enriquecimiento y la competitividad.

## 5. ECONOMIA Y MORAL

Desde la visión liberal existen dos formas de entender el funcionamiento de la sociedad. Cada una de estas formas se apoya en un aspecto de la naturaleza humana. Una depende de la naturaleza social del individuo y tiene que ver con la mayor o menor idoneidad de las acciones respecto a las leyes y los sentimientos morales y. La otra, tiene que ver con la riqueza y con el progreso económico y se deriva de la naturaleza individual de dicho individuo.

La primera es una teoría de la moral. La segunda es una teoría de la eficacia para el

aumento de la riqueza, es decir, una teoría económica. Se trata de dos teorías distintas que parten una misma antropología: los individuos, partiendo de sus propios sentimientos e intereses consiguen los fines de la sociedad.

Para el pensamiento ilustrado la moral es un concepto empírico ya que, según se modifiquen nuestros sentimientos, se modificará la moral. Por el contrario, la economía como ciencia no admite modificaciones. Esto nos conduce a que las personas son libres en el campo de los sentimientos morales, pero no lo son en el campo de la economía. Las leyes de la economía explican y permiten la regularidad de las cosas y aparecen como leyes naturales.

Lo que otorga racionalidad a las sociedades de mercado es el sistema económico. El sistema moral aparece como algo accesorio. La racionalidad de la economía, al estar dentro de la naturaleza de las cosas, convierte al sujeto en un mero receptor de dicha racionalidad. Esta concepción "moderna" nos retrotrae a la afirmación escolástica de que "la verdad es la adecuación del conocimiento a la realidad". Augusto Comte, el padre del positivismo, daba cursos de astronomía a trabajadores para demostrarles que, al igual que el orden de los astros es inmutable, el orden capitalista de la sociedad también lo es.

El individuo "moderno" que aparece en esta teoría, está escindido entre el rechazo de la desigualdad y la violencia mercantil - que sus sentimientos morales perciben como negativos - y la impotencia para evitar que dicha economía funcione como un orden inapelable. La moral y la compasión pertenecen al terreno de los sentimientos, que pueden permitirse ser irresponsables. Por eso deben estar gobernados por la eficiencia de la economía. A este individuo de mercado, sólo le queda ser compasivo, desarrollando su solidaridad frente a las consecuencias catastróficas de las leyes económicas.

La ideología que se deriva de este discurso no admite una interpretación ética del comportamiento económico porque considera que ética y economía son dos planos separados e independientes. Podemos tener compasión por los trabajadores accidentados o sentir lástima por los tres millones de muertos evitables que causa el SIDA en los países pobres, pero este sentimiento no puede interferir la racionalidad de la economía que les explota o les ignora.

## 6. ECONOMIA Y COHESION SOCIAL

La política es sociabilidad y la sociabilidad, unidad. Lo que une a los seres humanos es la amistad. Cuando no hay amistad, las personas sólo pueden unirse como cosas, o a través de las cosas. La sociedad, desgarrada por el individualismo, otorga al dinero el poder sublimado de la seguridad, el bienestar y la felicidad. Cuando la sociabilidad está mediada por el mercado, el dinero se convierte en el agente mediador. En virtud de dicha mediación, el dinero se transforma en el sujeto de las relaciones sociales las personas pasan a ser su predicado. Las personas que se relacionan entre sí como cosas, no son sociables más que a través del dinero, que deviene en el verdadero protagonista del orden social.

Frente a la escisión real de los españoles está la unidad del capital. Frente a las diferencias de los europeos, los Tratados constitucionales unifican la moneda única, que tiene como condición dicha diferencia.

Todo lo que predica la economía, al ocultar el trabajo de cuidados, se refiere sólo a los hombres, constituidos en representantes del ser humano genérico, algo inexistente en la realidad social. La realidad social está compuesta por hombres y mujeres que son personas concretas. Pero su naturaleza no acaba ahí sino que, necesariamente, se especifica en sexos biológicos que han producido, cultural y socialmente, géneros cuyas diferencias han devenido en desigualdad y subordinación de las mujeres respecto a los hombres. En dicha subordinación tiene mucho que ver la asignación unilateral del trabajo de cuidados a las mujeres.

Todo lo que predica la economía, al ocultar el poder fetichista del dinero, se refiere a las personas que pueden expresar sus necesidades y deseos en el mercado a través de los precios. Los que no pueden expresar sus necesidades mediante una demanda solvente, no existen para la economía.

La economía moderna se refiere, sobre todo, a los hombres y a las personas con poder adquisitivo. Los demás, mujeres y excluidos, tienen una existencia real, pero marginal. Esto nos coloca en una paradoja. Por un lado, la economía de mercado no resuelve los problemas de integración y seguridad para la mayoría de la humanidad. Por otro lado, la política no puede imponerse a la economía, convertida en principio de realidad. De aquí se deriva que la única solución para los problemas de integración y

seguridad es la policía, vale decir la violencia del estado.

El eufemismo “cohesión social”, de origen europeo, es llevado por la evangelización neoliberal del PSOE a América Latina. Sin embargo, la “cohesión social” que se ofrece allí es sólo una cobertura ideológica para nuestras multinacionales. Estas multinacionales tan defendidas por el monarca actual, actúan con los mismos fines - y a veces con los mismos medios auspiciados por la corona española de hace 500 años.

Hoy, en Europa, la “cohesión social” supone la vana esperanza de recomponer los fragmentos de una sociabilidad conseguida por los movimientos obreros revolucionarios del siglo XX y rota por la competitividad y el individualismo. Destruídas las redes comunitarias, la única sustancia de la “cohesión social” es un gasto público en retroceso frente al avance de la libre empresa, las privatizaciones y el libre comercio.

En América Latina la “cohesión social” es solo un “flatus vocis”. No hay estado, ni finanzas públicas, ni fuerzas sociales que le den un contenido real. La cohesión social proclamada por el gobierno de España para América Latina, es sólo propaganda contra los movimientos de autodeterminación de indígenas, pobres, pueblos y gobiernos frente a los inversores yanquis y europeos. La política exterior de España y sus multinacionales (Telefónica, el Banco Santander, FENOSA, Repsol y otras), defensores formales de la “cohesión social”, arruinan a la pequeña producción autóctona, fragmentan la sociedad, fuerzan las migraciones del campo a la ciudad y a los países ricos y crean individuos asalariados, solitarios y vulnerables, frente a los mercados globales de trabajo y de consumo. La hipotética cohesión social del PSOE para los países en desarrollo tiene como condición la desestructuración social cierta.

## 7. LA RACIONALIDAD CAPITALISTA Y LA IZQUIERDA

El régimen político, económico y social llamado “globalización” tiene un gran soporte en su dimensión cultural. Necesita someter a sus fines, no solamente la economía y la política, sino también las conciencias. Su objetivo es construir un tipo de persona solitaria y calculadora que interiorice las situaciones de dominación y desigualdad como algo natural. Para el gobierno y los empresarios la batalla de la



competitividad contiene una batalla contra las necesidades y derechos de los de abajo.

La izquierda parlamentaria - al igual que la derecha - comparte la visión naturalizada del capitalismo y nos propone, torpemente, la imposible e indeseable integración de tod@s en un orden excluyente e insostenible.

Un ejemplo lo encontramos en un editorial del diario "El País" que referido a la reconversión industrial: "... sectores como la minería, la siderurgia o la industria naval, caminan irremediablemente hacia una profunda transformación. Es casi un destino histórico y es seguro que las sociedades desarrolladas no soportarán, en el siglo XXI, una industria cuyo mantenimiento exige una auténtica sangría económica". Como ejemplo, en el campo sindical, veamos las palabras de Julián Ariza miembro del PSOE y ex-miembro del PCE y de la ejecutiva confederal de CCOO: "para el entendimiento hacen falta dos cosas, una que el gobierno revise los términos del ajuste y otra que los sindicatos tengamos claro que los márgenes de maniobra en las economías abiertas y teniendo el capital la sartén por el mango, son ciertamente estrechos". Javier López, secretario general de la USMR de CCOO: "la deslocalización es un fenómeno biológico". Los líderes de UGT y USO en la crisis de la multinacional Aceralia en Asturias, justificaban su acuerdo con la dirección para el despido de 620 trabajadores y la modificación al margen del convenio de salarios, jornada, turnos, vacaciones, categorías, movilidad fun-

cional y geográfica: "Aceralia es la mano que da de comer a Asturias, si la compañía siderúrgica se resfría, la economía asturiana tiene una pulmonía".

De los ejemplos señalados se puede deducir que la izquierda considera el modelo económico actual como una necesidad histórica y sus consecuencias como inevitables. Esto quiere decir que las consecuencias negativas, pero inevitables, están vinculadas al desarrollo económico y el progreso cuyas leyes son ajenas a la política y pertenecen al desarrollo natural de la sociedad. Este discurso es compartido, tanto por el Fondo Monetario Internacional como por la izquierda institucional. Sin romper activamente con él, no hay salida.

Si aceptamos que la economía y el mercado tienen una racionalidad autónoma, esto significa que ambos pertenecen a un orden de la realidad impermeable a la política. Esta concepción de "la política como arte de lo posible", equivale a considerar deseable sólo lo posible y posible sólo lo que existe. La aceptación de lo que hay como inmodificable lleva consigo la deslegitimación de cualquier enfrentamiento con el proceso de autodeterminación del capital.

## 8. LA FUERZA DE LA CRÍTICA

Para realizar una crítica real a la economía como eje de las relaciones sociales es necesario romper la distancia entre el ámbito de lo económico, el ámbito de lo político y el ámbito de lo ético. La crítica debe contener, además de la

teórica, una dimensión política. Esta dimensión necesita incardinarse en una fuerza actuante en la sociedad. El problema no es tanto enunciar una y otra vez los daños del capitalismo, como enunciar las dificultades que tenemos para impedir el capitalismo. No se trata tanto de salir de la crisis capitalista como salir del capitalismo y sus crisis constitutivas.

La economía se presenta como parte de la naturaleza pero, al tiempo, destruye la naturaleza, incluida la naturaleza humana. Para salir de esta naturaleza desnaturalizada hay que dejar de hablar solamente de cómo son las cosas y empezar a hablar de cómo deben ser.

En la indagación de las formas de sociabilidad es necesario mirarnos a nosotros mismos, no sólo como parte de la solución sino también, como parte del problema. Nosotros estamos dentro y no fuera del proceso analizado.

La primera consideración es el hecho de que nuestra conciencia está subsumida en el ciclo de producción y reproducción de la relación social capitalista. Esto significa que, al estar organizada desde los procesos de escisión, mediación, abstracción e inversión, no tiene conciencia de su propio origen. Por eso, es necesario remontar el río del pensamiento en el que nuestra conciencia piensa y se piensa a sí misma.

Por ejemplo, no es lo mismo propiedad que apropiación. El fundamento de la propiedad es el uso, mientras la apropiación no tiene que ver con el uso sino con el derecho. Lo que legitima el derecho al uso no es la necesidad de las personas sino la violencia del estado. Dicha violencia se legitima por la naturalización del mercado y del individuo individualista.

Mercado y sociabilidad no son conceptos complementarios, sino contrapuestos. A través del progreso tecnológico y la modernización capitalista, el ser humano se aísla progresivamente. La globalización del intercambio rentable es fundamental para ese aislamiento. El individuo sólo surge cuando rompe sus vínculos con la comunidad<sup>4</sup>. El ser humano evoluciona hacia atrás desde un ser genérico, tribal, gregario, a un individuo aislado que se relaciona solo consigo mismo.

Para la ciencia económica no es la satisfacción de necesidades lo que determina la escala de la producción, sino la escala de la

producción lo que determina las necesidades. La clase trabajadora se comporta como víctima del capital y, al mismo tiempo, como agente dinamizador del mismo. Sin superar la constitución del capitalismo dentro de nuestra propia conciencia, no podremos sobreponernos a él. Para poder liberar a alguien, la izquierda debe empezar por liberarse a sí misma. No habrá crítica real sin desmontar la institución del capital en nuestra propia conciencia y sin que dicha crítica, emancipada de los discursos de la economía, se exprese políticamente mediante un proceso constituyente popular.

El mercado como principio constitutivo de las relaciones sociales aparece como el espacio de la máxima libertad para las personas. Pero esto es una tautología. Un orden en el que los individuos buscan maximizar su interés sólo se realiza en el mercado que es, a su vez, el espacio en que ese interés se realiza libremente. El mercado se presenta como el amanecer de un nuevo orden de libertad y progreso y la historia como un proceso de avance hacia ese orden. Llegados aquí, la historia se culmina<sup>5</sup>.

Eliminadas las economías planificadas que sometían la economía a la política, el nuevo orden mundial aparece como el imperio de la democracia y la derrota de la amenaza totalitaria. Una victoria abrumadora y sin retorno de la libertad<sup>6</sup>. Ante la aparición de un nuevo enemigo, como reacción destructora y autodestructiva al avance totalitario de dicho mercado, el terrorismo, se impone la consolidación y extensión del mundo libre. Este avance de la libertad, como garantía de paz y prosperidad gracias a la globalización del comercio y a la libertad para las inversiones de capital. Sin embargo, el mundo, enteramente capitalista, resplandece de una triunfal calamidad<sup>7</sup>.

## 9. LA CRITICA DE LA FUERZA: MOVIMIENTO ANTIGLOBALIZACION Y PODER CONSTITUYENTE.

La globalización capitalista como modo de producción social, exige la constitución política y posterior naturalización de un conjunto de instituciones: la economía, el dinero, el trabajo asalariado, el individuo y el género. Se globaliza, sobre todo, una economía cuyo producto

4 Elementos Fundamentales de la Crítica a la Economía Política. ("Grundrisse"). Volumen II. Karl Marx. Ed. Siglo XXI 1992.

5 "El Accidente de Trabajo". Andrés Bilbao Ed. S. XXI 1994.

6 "Léxico de Economía". Andrés Bilbao. Ed. Talasa 1993.

7 "La dialéctica de la Ilustración" Adorno y Horkheimer. Ed. Trotta 1993.

por excelencia es el beneficio del capital, no la producción social de los bienes y servicios que necesita la gente.

Ante la pregunta: ¿puede una minoría ética, comprometida con la intervención social, el estudio y la elaboración teórica ser útil para romper este “cierre sistémico”? La respuesta solo puede ser una: Si, puede, aquí y ahora.

Dicha minoría debe intentarlo independientemente del resultado. De forma valerosa, pero también prudente y reflexiva. Los crímenes contra la humanidad y el proceso de disolución de la naturaleza humana así lo exigen a las personas buenas. Está demostrado que, en condiciones de movilización defensiva de mucha gente, aparecen nuevas formas de comunicación entre las multitudes y quedan al descubierto los infiltrados del poder.

El movimiento antiglobalización ha mostrado, con sus discursos y sus movilizaciones, la posibilidad de ser una fuerza constituyente frente a la globalización y una herramienta para la neutralización de la izquierda cómplice y la reconstrucción de la izquierda anticapitalista. Cuando se agrieta el muro espeso de la vida cotidiana, surge tumultuosa la subjetividad y las necesidades aplastadas por el orden capitalista. También surgen las estrategias de control, cooptación y destrucción del movimiento por la izquierda alterglobalizadora. Este ha sido el caso del “Movimiento contra la Globalización, la Europa del Capital y la Guerra”, dinamizado por redes anticapitalistas autónomas que obligó a la izquierda institucional a apoyarlo (huelga general convocada por CCOO y UGT el 20-J-2002 y “No a la Guerra” defendido por el PSOE en la primavera de 2003).

Entre Enero y Mayo del año 2003, la opinión pública española, se expresó, en las encuestas y en las calles, en un grado de unificación sin precedentes, contra la política belicista del gobierno del Partido Popular. En las movilizaciones intervinieron más de seis millones de personas. Las consecuencias políticas de esta confrontación social contra el gobierno del PP han sido, hasta hoy, ambiguas y contradictorias.

Es necesario interrogarse sobre la incapacidad de esta gran movilización para lograr

sus fines. ¿Por qué no conseguimos que el gobierno diera marcha atrás?, ¿por qué las redes del Movimiento contra la Globalización, la Europa del Capital y la Guerra (M.A.G.) no continuaron las movilizaciones una vez que el bloque socialdemócrata decidiera cortarlas en Abril de 2003?, ¿por qué la oleada social contra la política del PP no originó, dos meses después del cese de las movilizaciones, en las elecciones municipales y autonómicas del 25 de Junio de 2003, el desplome electoral de dicho partido y simétricamente, por qué no se produjo un aumento espectacular de los votos al PSOE e IU como referentes político – institucionales del movimiento contra la guerra? ¿qué papel han tenido en estas protestas, tanto las redes sociales del M.A.G., como la izquierda parlamentaria y los grandes sindicatos?, ¿por qué un año después, en las elecciones generales del 14 de Marzo y en las del Parlamento Europeo del 13 de Junio de 2004, el PP, a pesar de sus maquinaciones para ocultar la relación entre el atentado de Madrid del 11 de Marzo y la participación de España en la guerra, ha perdido menos del 5% de sus votos?

A partir del 2003 se produce un vacío de referente autónomo para los MMSS ya desarticulados por la “unidad de la izquierda” en torno al PSOE y sus numerosas agencias. Sin embargo, dicho control es un tigre de papel. Un tigre, porque ha sido capaz de liquidar el Movimiento Antiglobalización, de efímera vida (I-2001 a IV-2003), último brote de poder constituyente en Europa Occidental después de Mayo del 68, la revolución portuguesa de 1974 y la transición política española. De papel, porque lo que el poder no puede, ni podrá conseguir, es disolver los daños materiales, ecológicos y morales que origina la economía global.

El diálogo, la participación política, la democracia y la movilización social como modos para la organización y expresión de los sujetos sociales explotados y sujetados, forman parte de la solución de una vida digna, justa y pacífica para tod@s. El capitalismo global, el libre comercio, la libertad de empresa y su máscara parlamentaria, forman parte del problema.